



Volantines, cometas, papalotes, barriletes

Maximiliano
Díaz
Santelices
Profesor de
Literatura
Poeta

Para mi padre y mis tíos, por esas “tardes extintas”.

*“El papalote / cae, cae, cae, cae, cae./Se va a bolina la imaginación...”
(S. Rodríguez)*

(Advertencia para el lector. En estas líneas más que una historia del volantín -cometa, papalote, barrilete, etc.- o una visión literaria, pretendo mostrar mi relación personal con este artilugio, hecho de papel, cola y caña).

Si creemos en Wikipedia (sí, efectivamente, es un acto de fe) el propio Ambrosio O’Higgins y Mateo de Toro y Zambrano practicaban el juego del volantín en los albores de la República. Pero, por supuesto, este es mucho más antiguo, debe estar emparentado con el mítico deseo del hombre de querer volar. En el siglo XIX el gramático y primer rector de la U. de Chile, don Andrés Bello, seguramente un amante de estos artefactos, compuso en 1833 y 1846 unos infumables “poemas” a las cometas que creo, no necesario citar. Es que el volantín de esencia democrática y transversal, ha traspasado todo tipo de barrera social y lo han cantado desde los conservadores: “Huasos quincheros”, hasta hombres que vivieron el exilio como Ángel Parra. Vicuña Mackenna ya lo decía: *“es una verdadera pasión (de) caballeros, niños y rotos”* (Citado, por J. Rojas en “Historia de la infancia en el Chile republicano”. 2016)

Todos los años, el tímido comienzo es en agosto (aunque para algunos fanáticos es el año completo), pero es septiembre el mes en que en los barrios, en los parques, en los sitios eriazos los cielos se llenan de volantines de todos colores. Algunos inmensos, otros pequeños, unos con colas, muy serios, adustos, equilibrados, otros díscolos, moviéndose siempre, sin dar respiro a su dueño. Todos, eso sí, queriendo apropiarse de un lugar en ese espacio azul de comienzos de primavera.

Cuando era un niño, en las fiestas del 18 nos íbamos en auto, todos juntos, padres, primos y tíos fuera de Santiago, a comernos un asado y a encumbrar volantines. Lugares como el Cajón del Maipo, Quilicura o el Cerro Renca nos recibían, sin árboles, sin cables de electricidad, sin terrenos de “propiedad privada”. En un comienzo yo solo podía mirar, luego, poco a poco, pude estar al mando de mi propio volantín. Recuerdo, esos días la gran familia, comiendo y jugando, no había límites en esas tardes extintas (abajo en la tierra nosotros, arriba el cielo, entre ellos el volantín que quebraba el espacio con su colorido). Por eso, un momento muy amargo fue cuando, en uno de estos paseos, estuve todo el día enfermo, sin poder moverme de una silla, pegado a la tierra, mirando como todos se divertían, rasguñando el cielo, mientras yo era un simple espectador con “tercianas” que no tenía, ni siquiera la fuerza para sostener el hilo tenso del volantín.

Pero el ritual comenzaba, mucho antes, cuando había que buscar el mejor lugar para comprar volantines, no me gustaban (aún no me gustan) los de fábrica (que venden en la feria o en la carretera a la salida de Santiago, por el doble de su precio), sino que había que encontrar algún artesano que fuera lo suficientemente diestro en el arte de adelgazar la caña, que tuviera el amor y la paciencia de pegar papeles y armar los artilugios aéreos. Su casa se reconocía porque en una de sus ventanas, había colgado un volantín. Uno, generalmente, llegaba por un dato, de oídas, alguien te lo recomendaba.

En una de sus canciones más entrañables, “El papalote”(1972), Silvio Rodríguez recuerda a uno de aquellos artesanos: Narciso “el mocho”, “héroe” de su infancia, un humilde trabajador que fabricaba papalotes:

“Será por todo esto / que mi memoria se empina a ratos / como tus papalotes,/ los invencibles, los más baratos; / y te levanta en peso, / Narciso el Mocho, para ponerte junto a los elegidos, / los que no caben en la muerte...”.

Como yo que hoy, recuerdo a mi padre, que ya jubilado, en muchas tardes de invierno se entretenía fumando y adelgazando el coligüe con un cortaplumas, haciendo cientos de maderos, para después ir a comprar el papel, la cola e ir armando los volantines, con mucha paciencia, como un artista que creaba y producía, primero hallazgos, composición de colores y luego tamaños, sin romper su clásica forma. Con el tiempo fue logrando la perfección del oficio. Su casa, con un volantín colgando tras una ventana, era visitada por niños y adultos que iban en busca de algunos. Siempre que lo iba a ver me llevaba varios, para elevarlos junto a mis hijos, tratando de heredarles el gusto por el juego. Esos volantines, quizá porque eran de mi padre y porque vi la dedicación que le daba a cada uno, son los mejores que he encumbrado. Todo esto, hasta que un día triste de fines de enero, el cigarrillo se lo llevó a él y a sus volantines.

Cuando era un niño un tío que era un gran innovador, los construía con unos palillos especiales, no de coligüe, sino de una madera muy liviana, nunca más los he visto. Ensayó muchas fórmulas, pues en pleno vuelo, por la fuerza del viento se solían quebrar, la madera no resistía, no se arqueaba lo suficiente y se rompía. Hasta que un día logró la resistencia necesaria y estuvo un tiempo fabricando estos volantines, pero su “invento” no prosperó, a la gente le gustaba el coligüe y luego llegó la moda de las cometas y sus palillos de plástico, dándole, otra vez, el triunfo a China.

Por supuesto, luego había que seleccionar el volantín de acuerdo al presupuesto, pero también (creo) a un rasgo de personalidad. Estaban los más grandes (“los pavos”), los medianos (“semipavos”), los con el diseño de la bandera de Chile (los patrióticos “chilenitos”), con flecos o con colas, los más pequeños (las “ñeclitas”) para niños muy chicos y los más humildes contruidos con papel de diario (“los chonchos”). Pero para mí siempre “las pechugas” fueron mis favoritas (esos volantines que se hacían con tres

recortes triangulares) y que al tomarlos de la punta y hundir los dedos en el papel, uno de los triángulos se ve como una pechuga inflada.

Luego, para los tirantes, había que tomar un palo de fósforo y hacerle los hoyitos, medir con los dedos el lugar y con el hilo crear una perfecta pirámide sobre el espacio de colores. Ponerles cola, nunca me gustaron sin cola. Una cola imponente, larga, amarrarlo a la punta del hilo y esperar el viento para elevarlo.

De ahí sentir la sensación inigualable del volantín alzando el vuelo, sentir como el viento lo va arrastrando hacia arriba y darle hilo, poco a poco, para que pronto, pasado los primeros cables de electricidad, dejar atrás los techos y los otros antagonistas terrestres: los grandes árboles de la cuadra. Los infortunados que no lo lograban, quedaban enredados ahí, como cadáveres al viento en una danza macabra, colgados desde las ramas de los árboles o desde los cables, durante meses, deshaciéndose poco a poco, cadáveres desvinciados, como recuerdo del vuelo frustrado, de lo que pudo ser y nunca fue.

Sentir la tensión del hilo “sano” en el dedo índice derecho, en la otra mano la carretilla, la pelota de hilo o el carrete (cada uno con su estilo), mirar el volantín alejarse por los aires, tirante, pronto a obedecer las órdenes de tu mano, a dejarse guiar, recortado de colores en el azul del cielo. Mirarlo moverse, lanzarlo en ataque primero a la derecha, luego a la izquierda. Subirlo tanto para quedar justo sobre ti y desde ahí sin aire casi, dejarlo caer en una magnífica picada que había que invertir, antes que llegara a los primeros techos, dándole un poco de hilo. Todo esto era como despegarse de la tierra, volar, porque el volantín se convertía en una prolongación de tu ser, una parte tuya podía elevarse y contemplarlo todo desde el aire. Como en “8 ½” de Fellini.

También podías “mandarle una carta”, recortando un papel, con un orificio, que iba, tras cada tiranteada, subiendo hasta llegar al volantín. Pero a veces ocurría algún accidente, al no quedar bien hechos los tirantes y se “ladeaba” o el viento lo rompía y era difícil manejarlo, igualmente podía quedar sin cola, entonces tenías que poner mucha atención y destreza, para que no se cayera. La idea era que el volantín nunca tocara el suelo, incluso cuando lo estabas bajando, debía llegar a tus manos, completando la hazaña del vuelo perfecto.

Todo esta perfección se desvanecía, inmediatamente, cuando detrás de ti, sin que los hubieras visto, surgían otros volantines amenazantes, anónimos, tratando también de conquistar el espacio. Se acercaban rápido, con otras insignias, otros colores que venían, como naves de guerra, a romper la placidez en la que estabas. ¿Cómo defenderte, si no contabas con hilo “curado”? Bajar humillado, no era opción. ¿Huir del desafío? ¿Cómo combatir sin armas cuando el objetivo de los “enemigos” era “mandarte cortado”?

¿Cuántas veces vi el volantín al que recién estaba unido, irse remontando los aires solo, a la deriva, después de que otro cortó su hilo? ¿Con cuánta nostalgia los veía alejarse, danzando en el aire, como despidiéndose para siempre? Y yo resignado enrollaba el hilo,

haciendo el recuento de las yardas perdidas e imaginaba un grupo de niños con palos largos, yendo detrás del volantín cortado, tratando de capturarlo, convirtiéndose esta en otra competencia donde también, solía haber víctimas, niños atropellados que, mirando el cielo, atravesaban calles o niños que morían electrocutados tratando de rescatar un volantín cortado de una torre de cables de alta tensión.

Fueron muchos los lugares escogidos para elevar mis volantines de niño: la calle, un parque, el campo, arriba del techo de mi casa, donde rompí más de una teja y desde donde me caí en una oportunidad, todavía tengo en la cabeza la cicatriz de la hazaña. Pero el lugar que siempre me gustó para encumbrar con hilo “sano” era en la playa, junto al mar, recuerdo en especial un día en que mi volantín rozaba las olas, qué increíble tarde, la playa desierta, el sol en el horizonte y como un homenaje a ese volantín que había hecho mi padre, lo dejé caer lentamente, junto con el sol en el mar. Era la muerte perfecta de ese albatros de papel.

Pero también otros buenos recuerdos están en las competencias, las “comisiones”, los “piquerazos”. Este último consiste en que, antes de elevar el volantín, afilas con un cuchillo la punta del palillo central y una vez en el aire, la idea es lanzarle el volantín al contrincante y con la punta aguda romperle el papel, el máximo éxito era cuando le acertabas medio a medio al palillo central y lo partías en dos, un verdadero espolonazo.

Las competencias o “comisiones” ya aparecen en la novela “El loco Estero” (1909) de Blest Gana, claro que ahí usar “hilo curado” era hacer trampa, se usaban garfios en el hilo con los cuales se “capturaba” a los volantines enemigos. En otras latitudes de usaban otros artefactos para cortar el hilo del adversario. También en la novela “Cometas en el cielo” (2003) de Khaled Hosseini aparece narrada una competencia de volantines, donde se dice que *“Las reglas eran sencillas: nada de reglas. Vuela tu cometa. Corta los hilos de las de los contrincantes. Buena suerte”*. La manera de determinar al ganador era simple, y se parecía a una justa medieval, el que quedaba en pie, en este caso en el aire, era el vencedor. El orgullo se apoderaba de aquel que ganaba y una legión de niños lo rodeaba con admiración.

Cuando aún no estaba prohibido, comprábamos hilo “curado”, para las competencias, pero era mejor cuando uno mismo lo “curaba”, yo ayudaba a un tío, en una ceremonia que se repetía en muchas casas del barrio. Primero se compraba el hilo, de una buena marca. Luego en la ferretería cola granulada que se hervía a “baño María”, paralelamente se molía vidrio de ampollita o de tubos fluorescentes, hasta convertirlo en un polvillo que se colaba con una media de mujer, pues solo el polvo de vidrio muy, pero muy fino se podía usar.

En un tarro con la cola caliente se echaba la carretilla de hilo, pero antes se pasaba, con una aguja, la punta por un corcho (para que la cola no se aglomerara) y se amarraba a un árbol o un poste. Luego comenzaba la operación en que intervenían dos personas, el primero con el tarro con cola iba dando la vuelta entre dos árboles y atrás con un papel

lleno de vidrio molido, lo seguía el que iba pasando el hilo por este polvo, ultra fino vigilando que quedara muy parejo y ninguna parte sin vidrio (esto era esencial, todo el hilo debía “curarse”). Luego de acabar con una carretilla, se comenzaba la siguiente, se dejaba secar y, finalmente, se enrollaba en una pelota de papel o en un carrete.

Como ocurrieron muchos “accidentes” con este hilo “curado”, con el tiempo esta práctica se prohibió. Recuerdo mi dedo índice, a pesar de ponerme guantes o protegérmelo, siempre a fines de septiembre estaba lleno de heridas que dolían mucho.

Claro que no solo dependía del hilo “curado” también de la destreza del que encumbraba, saber reservar hilo para “el alargue”, por ejemplo, que era el momento en que ambos hilos se enredaban y friccionaban hasta que uno se “iba cortado”, lanzar mi volantín (y con él, mi hilo) sobre mi adversario, también se suponía una ventaja, es decir, había estrategias, planificación, pero además intuición y suerte. Esperar una racha de viento, para lanzarse al ataque, pues en algunas ocasiones solo “un toque” de los hilos bastaba, para triunfar.

En los últimos años, los volantines se han ido reemplazando por cometas de plástico, importadas desde China y que cualquiera puede volar, se quedan en el aire como grandes aves bobas, apenas se mueven. Son muy cómodas para esos padres que nunca aprendieron a elevar volantines o que no quieren enseñarle a sus hijos este juego. Yo sí quise enseñarles, pero no tenían la paciencia necesaria o tenían otros gustos más tecnológicos, al final para ellos no era un juego, era más bien un compromiso, no sabían mantenerlo en el aire, preferían su computador, nunca pasaron de mirar o comandar el volantín por unos minutos a elevar el suyo propio, nunca los vi apasionarse por esta práctica, son de otra generación, de lo desechable, nunca entendieron como un juego podía estar de moda tanto tiempo, son de la generación de los cometas-globos.

Algunos alcances lingüísticos, no desprovistos de cierto humor un poco grueso eso sí, que demuestra como esta práctica se ha ido enraizando en el lenguaje y desplazando de esta manera su significado original. Hay ciertas metáforas populares que, en algunas ocasiones tienen que ver con lo sexual, que derivan de la actividad del volantinero. Por ejemplo, la expresión “irse cortado” que designa, según Radomiro Spotorno en su “Glosario del amor Chileno” (1987), más allá del significado literal, el momento climático del acto sexual, es decir, “Llegar al orgasmo”. También el acto de “encumbrar volantín” es metáfora de la masturbación masculina, como queda claro en la canción “Volantín”(1998) del grupo chileno “Chanco en piedra”, básicamente se asocian ambas actividades por el movimiento que se hace con la mano y el brazo. También “irse con todo el carrete”, no dejando “nada para el alargue”, son expresiones que vienen de la actividad y que significan no “reservarse nada”, “lanzarse con todo” persiguiendo algún objetivo. No quiero olvidar, esa metáfora gráfica con la que 1986 se bautizó a Maradona después del segundo y espectacular gol a Inglaterra, “¿Barrilete cósmico. De qué planeta viniste?” gritaba el comentarista argentino, celebrando esa famosa jugada

Para finalizar, no me gustaría dejar la impresión, criticable, por lo demás, de haber caído en el clásico lugar común conocido como “La edad de oro” o, en una traducción más simple, pensar “que todo tiempo pasado fue mejor”. Estas líneas están lejos de eso, para muchos el volantín sigue siendo un juego popular que han ido heredando a sus hijos, han cambiado las formas, los rituales, pero en agosto y septiembre, muchos lugares se siguen llenando de entusiastas de esta entretención, se ha ido adaptando a los tiempos, ahora es un delito “curar” hilo o encumbrar con él, pero las competencias se seguirán dando transformadas, como la leyenda, como el mito del hombre de poder volar.

Maximiliano Díaz Santelices

